

Nº 23

# La lucha del soldado rojo

25  
c. 13



la novela  
proletaria

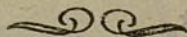
E. Madarasz



# LA LUCHA DEL SOLDADO ROJO

POR

**E. MADARASZ**



LA NOVELA PROLETARIA

ROMA, 41

MADRID

Madrid



Imp. Campos — Pedro Heredia, r dupdo.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Una atmósfera de paz casi burguesa, evidentemente insólita, reinaba en el cuartel de los marineros. Pablo Tchibaida hablaba con cuatro soldados que estaban echados cerca de él en el patio del cuartel.

Tan pronto como tuve la orden de arresto en el bolsillo, llamé a dos camaradas marineros para que me sirvieran de escolta mientras cumplía el mandato. Se trataba, en una palabra, de arrestar a una banda de oficiales contrarrevolucionarios refugiados en un sanatorio.

Nos dirigimos al sanatorio. Me ajusté el cinturón, me ceñí bien los guantes a los dedos para que los señores oficiales vieran que un soldado rojo es un verdadero soldado, y entramos en la estancia. Los cuatro estaban sentados a la mesa.

"En nombre del Gobierno soviético revolucionario de Madrid

rio, y cumpliendo su orden, arresto a un tal, a un tal, a un tal."

Estaba en pie en el centro de la habitación. Los "pájaros" podían ver por la puerta entreabierta que yo no había ido solo. Adopté una actitud "libre"; incliné la cabeza a un lado y avancé un pie, a fin de que los señores no creyeran que les daba alguna importancia a sus grados de oficiales.

Los oficiales, sentados, me miraban. "Están maquinando algo", pensé. De pronto, uno de ellos, un joven rubio, de la raza de los "brillantes oficiales", se levantó y se acercó a mí.

—¡Ejem, ejem!... Yo..., conde Yitchi, capitán... ¡Ejem, ejem!... Capitán... Ahora vosotros sois los dictadores y yo soy un "mujik", un desarrapado como vosotros... Ahora se puede arrestarme como a cualquier descamisado de tu clase.

Bueno, me dije; para comenzar no está mal. Le indiqué que al punto en que habían llegado las cosas sólo podían tutearme mis camaradas, mis padres o alguno de mis amigos; pero que era imposible que



un “capitán” ebrio de orgullo se permitiera hacer lo mismo. Considerando la situación, les propuse prepararse y aligerar, pues estando como estábamos rodeados de tropas imperialistas, el tiempo de un marinero era muy limitado.

Tres oficiales obedecieron sin contestar... Pero el “capitán” objetó que nosotros éramos unos desarrapados, ignorantes y “mujiks”, que no sabíamos ni firmar, y que, a pesar de ello, queríamos apoderarnos del Gobierno...

—El hecho es—le dije, avanzando hacia él—que si no estuviera en el ejercicio de mis funciones de soldado rojo, os habría aplicado una bofetada que os habría hecho comprender en seguida que tratábais con un hombre digno

—Bien dicho—aprobó uno de los marineros.

Tchibaida se quedó pensativo.

—“Mujiks” e ignorantes—murmuró—. Y lo dice un conde, lo que significa instruído. Yo no soy un abogado para ser un sabio, y, sin embargo, queridos camaradas, creo que tengo la cabeza en su sitio y

no hace falta demostrarme que no sé firmar....

Fué así como en esa noche tibia de primavera se promovió una discusión amigable, a ratos acalorada, sobre la fuerza del saber y de la instrucción. Fué así como Tchepkeck-Bocor, de la guardia, recientemente llegado de Biela-Koumon, donde habian estado prisioneros de los rusos, dijo algo que les hizo parar la oreja a todos. Dijo que, hablando francamente, la instrucción no andaba bien entre nosotros.

—Efectivamente, nosotros, los soldados rojos, no somos muy competentes en lo que concierne a la política. Yo creo que nosotros nos calentamos bastante la cabeza para saber quiénes están con nosotros y quiénes contra nosotros; pero ignoramos por qué éstos son nuestros enemigos y aquéllos nuestros amigos. Por ejemplo, nosotros no sabemos qué es lo que nos separa a nosotros, los bolcheviques, de los burgueses; no sabemos por qué los mencheviques están con los burgueses; tampoco sabemos por qué los capitalistas y los mencheviques se oponen a la entrega de la tierra a los campesinos, por qué los imperia-



listas de todos los países atacan a los comunistas rusos y húngaros... Queridos camaradas, ¿podéis vosotros responderme por qué?

—No lo sabemos—respondieron a media voz.

—Vosotros no lo sabéis, muchachos, porque aquí no se vive como en la ciudad... Allá se estudia... Allá hay escuelas del partido... Se aprende la economía política, la historia de los movimientos revolucionarios...

Tchepkeck-Bocor se levantó:

—¿Hay alguien entre vosotros que sepa la fecha de la Comuna de París, la primera revolución obrera comunista?

El crepúsculo ocultó la vergüenza que había enrojecido los rostros de los marineros bolcheviques y que eran unos veinte; el silencio fué más elocuente que las palabras. Por fin, una voz dijo resueltamente:

—Una escuela es lo que nos falta... ¡Un maestro!... Es necesario estudiar.

—Bueno, camarada—dijo Tchibaida al coman-

dante del batallón de marineros, obrero metalúrgico, fuerte y robusto—, el deber del proletariado revolucionario no es solamente defender con los fusiles el poder de los obreros y campesinos contra la canalla que los ataca por todos lados, contra los condes, los barones, los banqueros, los “kulaks”, sino defenderlo también con el libro, con el arma impresa... Creo que es útil que todos los camaradas de nuestro batallón, sin excepción; en una palabra, los soldados rojos, tengan un maestro; es necesario tener una escuela, porque cuando no haya más contrarrevolucionarios en provincias, los “muchachos” no tendrán nada que hacer.

El comandante del batallón movió la cabeza tranquila y afablemente.

—Creo, camarada Tchibaida, que tu punto de vista es justo. Apoyo tu proposición, porque el saber es precisamente el escollo contra el cual...

—Permíteme, camarada comandante, que así como soy un verdadero comandante revolucionario, no tengo idea ninguna de la ciencia. Mira, por ejemplo,

yo digo: "Contra el Poder de los Soviets". ¿Por qué? ¿Con qué fundamento? O bien, otro camarada viene a verme: "Camarada Tchibaida, me dice, ¿en qué basas tus palabras sobre la ofensiva de los imperialistas rumanos contra los soviets húngaros?" Yo mismo no comprendo por qué la ofensiva de los rumanos es una ofensiva imperialista ni qué cosa es el imperialismo.

—Lo que es justo, es justo—respondió el comandante. Adopto tu proposición. Hoy mismo trataré el asunto con el Comité militar.

Aquel mismo día, Tchibaida pudo hablarle a la primera compañía del acontecimiento próximo que estaba destinado a ser una de las etapas más importantes de la historia del primer batallón húngaro de marineros rojos.

No había pasado aún una semana cuando un camarada marxista llegó de Budapest. Reorganizó el plan de estudios, se distribuyeron los libros y en el cuartel comenzaron a resonar frases extrañas, pesadas, expresiones desconocidas hasta entonces y



monstruosas por sus ideas embrolladas. En el encerrado del muro aparecieron muchas cifras.

—Doctrinas económicas de Marx—murmuraba Tchibaida después de cuatro horas de estudio, tendido en su tarima y casi exhausto—. “Valor”, “producción de mercancías”, “mercancías”... ¡Los diablos!... Es para perder la cabeza.

Se puso a tomar sus notas y releerlas, apretando un pequeño lapicero en su manaza. Una hora después se levantó y se dirigió al compartimento vecino. En torno a una mesa enorme, los marineros aprendían. Algunos de ellos, echados en las camas, estaban sumidos en sus manuales y sus notas. Grupos de tres o cuatro hombres se paseaban de un lado a otro. Aquí y allá se oían las palabras: “Valor intrínseco”, “mercancía”, “compra”. El crepúsculo de estío se desvanecía dulcemente.

De pie, en medio del recinto, Tchibaida observó a sus hombres. Les observó largamente, y luego tomó la palabra:

—Queridos camaradas: Si me preguntáis por qué

nos rompemos la cabeza estudiando cosas de las cuales sólo tienen necesidad los revendedores, los manufactureros, yo os respondería, valientes hermanos de armas que os habéis jugado mil veces la vida por la causa de la revolución, os equivocáis, y os equivocáis gravemente si creéis que se puede salvar esta revolución con los fusiles y las granadas solamente. Cuando hayamos batido a los rumanos y a los checos; cuando hayamos aplastado la contrarrevolución con sus condes y "kulaks", ¿qué haréis entonces? ¿Os dedicaréis a porteros o entraréis como guardas en los museos? ¿Quién administrará entonces el Estado si no es el obrero y el campesino pobre?... Esto es lo que yo preguntaría a vosotros, primera compañía del batallón de marineros. El obrero y el campesino no pueden administrar el Estado si sólo saben servirse de la hoz y de la lima.

Desconcertados, expectantes, los marineros escucharon a Tchibaida.

Uno afirmó en voz baja:

—Es necesario estudiar.

Tchibaida aprovechó la oportunidad:

—Eso es, camarada Tchoutor: es necesario estudiar. Tchoutor debe tener en sus manos un fusil y en su cerebro una consciencia clara del comunismo, conocimientos transparentes y puros como la miel. Y entonces, muchachos, la división roja húngara atravesará los Cárpatos muy pronto a la cabeza de la división roja rusa. Vuestro camarada Bela Kun irá antes y hará su informe: “Camarada Lenin, declaro: la República húngara se ha unido”...

Todos callaron. Alguien repitió: “Camarada Lenin, declaro...” Y súbitamente una voz poderosa tronó al lado de la ventana.

—Examinando la sociedad contemporánea, vemos que su fortuna está hecha de mercancías.

Tchibaida escuchó. Quería saber si recordaba la continuación, y se dijo para sí: “Mercancía es el resultado de la producción, que no está destinado solamente para el consumo, sino...”

El camarada marxista era un hombre severo, barbudo. La rigurosa disciplina que había establecido



habría hecho honor al mismo Tchibaida. Los marineros estaban estremecidos por la fe en la sabiduría del marxismo. Aquí y allá paseaban los soldados.

—Si hubiera ahora una ofensiva o una contrarrevolución u otra cosa parecida...

Hubo una. Fué mediado el mes de abril, en la tarde, después de la comida, en el momento en que los escolares, en un olvido sin ejemplo de ellos mismos, hacían irrupción en los fundamentos elementales del marxismo y se sumergían en los conceptos: “carácter de la producción de mercancías” y “valor”. Tchibaida fué llamado por el jefe del batallón y recibió la orden de marchar inmediatamente con su compañía sobre el Danubio para reprimir un levantamiento contrarrevolucionario.

—Camarada comandante de compañía—le dijo dulcemente el obrero metalúrgico—, no te olvides un solo instante de que tú eres un marinero rojo y que con nosotros no se juega en los combates. Actúa debidamente. Si entre “ellos” hay campesinos pobres, debes

convencerlos. Háblales, persuádelos, procura atraerlos a nuestras filas.

—Entendido, camarada comandante, dijo Tchibaida, y regresó a la escuela precisamente en el momento en que se desarrollaba una viva discusión sobre “valor de uso”, “valor de mercancías”.

Después de hablar en voz baja con el maestro, Tchibaida se dirigió a la clase:

—¡Primera compañía, primer y segundo pelotón, alerta! ¡Formad a la entrada de la escuela! Equipo de compañía.

Alrededor de sesenta hombres dejaron sus libros y sus notas en el pupitre y salieron. Tchibaida se preparó también. Marcó con su lápiz la página del libro en la cual se quedaba y escribió en el margen: hasta aquí, 18 de mayo, y siguió a sus hombres.

Media hora más tarde, un camión cargado de marineros corría hacia el Danubio.

Las leyes de las operaciones militares—la táctica y la estrategia—como todo soldado lo sabe, no son simples: destruir una posición enemiga es una cosa;

pero conservarla es otra mucho más complicada. Esto lo aprendieron los marineros después de haber aprendido los fundamentos elementales del marxismo. La victoria duró lo que una hoguera de paja. Pasó un día y la mayoría se encontró de pronto barrida de sus posiciones. Esto ocurrió cuando el camarada marxista, terminando su lección, declaró acariciándose la barba:

—Después de haber explicado el carácter fetichista de la mercancía, en nuestras investigaciones posteriores encontraremos pocas dificultades.

Observó a los marineros. Pero lo que vio ante él le recordó, por su espantosa desesperación, el cuadro lúgubre de la retirada napoleónica. Los marineros, pálidos y angustiados, miraban la enorme barba, los cristales de las gafas y las pupilas que se movían detrás de éstas. Sus rostros decían claramente que de los términos armoniosos del marxismo ellos no habían conservado más que éstos: "investigación", "dificultad", etc. El maestro comprendió que su explicación sobre el "carácter fetichista de la



mercancía" se había estrellado en una vaga barrera de preparación insuficiente. Agregó mortificado:

—Si hay algo oscuro lo repetiré.

De los pequeños pupitres, destinados visiblemente a escolares de catorce o quince años, partieron suspiros de alivio. Habrían repetido sin duda las cuestiones que no habían entendido, si en este instante la atención de los escolares no hubiera sido requerida por las pisadas estruendosas de cincuenta botas de marinero. Se abrió la puerta, y Tchibaida, pálido, sucio y lleno de polvo, entró en el recinto. Cogiendo el fusil por el cañón, sonriente, desconcertado, dijo:

—Bueno, querido camarada maestro y queridos marineros, ya hemos regresado de nuestro paseo. Os pido perdón por haberos interrumpido; pero podemos recomenzar en seguida nuestros estudios. Debo deciros con pena que no estamos completos. Nos faltan varios camaradas, ocho hombres, camaradas proletarios... Se han quedado allá... ¿Pero qué podemos hacer nosotros?... Esta es la vida de los marine-

ros rojos consagrados a su clase.

Se hizo un largo y doloroso silencio. De pronto, saliendo lentamente de su pequeño pupitre de niño, se levantó el titán Rolomper. Levantó un puño enorme. Su brazo desnudo estaba lleno de pelos. La manga de su uniforme sólo le cubría la mitad de él.

—Creo, camaradas—dijo en tono extraordinariamente bajo, a pesar de su voz sonora—, que antes se llamaba a eso una muerte heroica. Nosotros creemos que es una muerte proletaria... Es lo que yo creo.

Los marineros se levantaron lentamente uno después de otro. No dijeron nada, no pronunciaron una sola palabra; pero la expresión de sus rostros, sus ojos brillantes, sus dientes apretados demostraron de una manera evidente que todos estaban de acuerdo en que era realmente una “muerte proletaria”.

Techibaida ordenó:

—Dejad vuestros equipos de campaña.

Los marinos dejaron sus equipos de campaña y se instalaron lentamente en sus sitios respectivos. La vida recibió su curso normal. Al día siguiente,

Tchibaida entabló con el maestro una charla íntima, de la cual aquellos que les rodeaban no entendieron sino algunas palabras:

—“El valor” no se me da...

—¿No?—dijo el maestro amistosamente.

—En cuanto al fetichismo, no comprendo ni gota.

Pero esto no tenía ya mucha importancia. El aire estaba saturado de humo de pólvora, los cañones checos tronaban al norte del Danubio y las divisiones rojas marchaban al asalto. Por otro lado, los imperialistas rumanos, los rapaces, se preparaban para una nueva ofensiva. En todo el país estallaban levantamientos reaccionarios.

El estado objetivo y el humor de los alumnos no eran favorables a las ocupaciones científicas.

Ensayando día y noche recordar las palabras cada vez más brumosas y comprenderlas, Tchibaida se sentía opreso, como en el vacío. Sentía como si un eslabón de la cadena general se hubiese roto. “Fetichismo”. Por la noche le atormentaban sueños terribles. Se imaginaba ver el fetichismo en forma de



un diablillo que se burlaba espantosamente de él.

¿Qué hacer? El fetichismo se le presentaba en la forma de una posición enemiga ocupada sin grandes preparativos y muy difícil de conservar.

La lucha continuaba. Después del “valor de uso” se había llegado al “valor intrínseco”.

En medio de un ruido inimaginable los soldados discutían reunidos sobre el “valor de veinte piezas de tela”, “cuarenta libras de café”, y “cincuenta quintales de hierro” y el valor objetivo de una levita... Pero he aquí que hacia fines de mayo el comandante de la compañía Tchibaida fué llamado por el comandante del batallón. Cuando regresó—, dijo a sus soldados:

¡Primera compañía! ¡Tercer y cuarto pelotón!  
¡Alerta! Formad a la entrada de la escuela... Equipo de campaña...

En el sur, en el frente serbio, los gobiernos contrarrevolucionarios estaban concentrando víveres y municiones en Szegedin. Era necesario acabar con esto.

fatigado, saltó de su cama, copió el parte, miró severamente al soldado, y, rascándose la nuca, le dijo:

—Gracias, camarada... Debes vigilar bien y hacer frecuentes rondas. Nuestra posición no es muy sólida. Todos los soldados conscientes deben saberlo. Yo no me acostaré... Para matar el tiempo me ocuparé en estudiar la lección de hoy.

Se sentó en la cama, le ofreció un cigarrillo al soldado de guardia, y le hizo la siguiente pregunta:

—Dime, camarada; ¿cómo definirías tú estas palabras: "valor de uso"? Reflexiona primero y responde después. Imagínate que está delante de ti un "mujik" ignorante que no sabe ni escribir su nombre y explicarle. Un marinero consciente lucha por los intereses de su clase y el poder de los soviets, no solamente con las armas, sino también con sus conocimientos...

Y durante esa noche sofocante de junio, mientras los marineros roncaban y dormían con un sueño bien ganado, Tchibaida empleaba su voluntad de

hierro en comprender las doctrinas económicas de Marx...

Al amanecer se marchó al jardín, se tumbó sobre un capote viejo, se colocó el libro sobre la cara y se quedó profundamente dormido.

Por tercera vez el comandante del batallón fué a buscar a Tchibaida en la escuela. Le cogió por un brazo, le condujo al patio, y le dijo:

Tchibaida: la contrarrevolución ha estallado en Budapest. Los oficiales y los cadetes se han apoderado del correo central.

Hablaba con una voz entrecortada, como si estuviera exponiendo sus pecados.

—Se han apoderado del correo; pero esto no es lo más grave. Lo más importante es que los marineros blancos están bombardeando desde el Danubio la Casa de los Soviets.

Tchibaida palideció.

—¿Los marineros blancos?... ¿Sí?... Entonces no es una contrarrevolución de "mujiks"...—dijo después tranquilamente.



—Sí, ciertamente; es una contrarrevolución hecha por los oficiales. Una contrarrevolución con cañones y ametralladoras...

—¿Es necesario entonces estar alerta?

El viejo metalúrgico se calló.

—Sí...—dijo al fin, escondiendo la cabeza—. Todavía una cosa: ¡la social-democracia!... los social-demócratas están con los oficiales... Si te dijera que me da vergüenza... (Escupió). Yo he sido social-demócrata durante veinte años, y ahora me da vergüenza...

Ese mismo día la compañía partió para Budapest en dos camiones. El motor estaba ya en marcha cuando el comandante del batallón salió de la escuela. Llevaba un traje de cuero; su carabina de marinero pendía de una correa detrás de sus hombros; en la cintura, dentro de un estuche de cuero, su revólver, y en la mano un saco de pan. Se acercó al camión, observó a los marineros y se dirigió a Tchibaida:

—¡Informe!

—Camarada comandante del batallón, ciento veinte marinos rojos de la primera compañía están listos para el ataque.

—¿Cuántos cartuchos?

—Doscientos por cada hombre.

—¡Está bien!

Aseguró en la cabeza su gorra de cuero, se secó el sudor de la frente, subió al camión y, sentado al lado del chofer, le dijo en voz baja:

—Yo voy con vosotros...

Diez días después regresó la compañía.

Veinte marineros rojos y el obrero metalúrgico, jefe del batallón, quedaron para siempre sobre el puente ensangrentado de Budapest.

Ocurrió lo que Tchibaida temía, lo que presentía, lo que le abrasaba la mente hasta en las más peligrosas escaramuzas. Los escolares habían avanzado enormemente. Hacía tiempo que habían llegado a las cuestiones relativas al dinero, la compra y la venta, y marchaban amigablemente unidos en

unos estudios que los conducían a una lejanía infinita: la circulación del dinero.

Tchibaida, silencioso, sombrío, estaba sentado en su banco, escuchando maquinalmente las palabras de los alumnos. Observó a uno y otro lado, hojeó su manual, afiló su lápiz y después, súbitamente, con paso decidido se acercó al maestro:

—Decidme, querido camarada marinero rojo: yo estoy condenado a ausentarme constantemente, apenas hemos pasado dos o tres capítulos Mi desgracia es que no puedo aprender nada. Dímelo, en conciencia, francamente, como debe hablar un marinero rojo: ¿es esto justo? ¿Es justo que porque yo lucho contra la contrarrevolución tan pronto en un sitio, tan pronto en otro sitio, no pueda estudiar nunca las teorías económicas de Marx?

Entonces Tchiplich Bocor, apodado "Roussak", se levantó. Se acercó a la mesa del maestro y, apoyando las dos manos en ella, se dirigió a los alumnos:

Camaradas, propongo ante todo supender la cla-



se. Se volvió hacia el maestro, y sin esperar su respuesta, continuó: En seguida propongo que examinemos juntos el asunto Tchibaida. Asumo la presidencia de la asamblea. Abro la sesión. ¿Quién quiere la palabra?

Se hizo un corto silencio. Pero cuando el artillero rumano Albinescu— era un desertor— se levantó y dijo que, vista la situación interior y exterior, era imposible resolver el caso Tchibaida, se rompió el hilo. Nesveda, el cocinero de la compañía, se levantó en seguida, y luchando con su tos asmática que le ahogaba, asumió la defensa de Tchibaida.

Que haya o no haya contrarrevolución, un soldado rojo no puede pasarse sin municiones. Si no tiene cartuchos en su cabeza, la lucha revolucionaria no puede ir bien...

Estas palabras hicieron que todas las miradas se fijaran en él.

Profundamente ofendido, Albinescu pidió la palabra para explicar que su proposición había sido comprendida falsamente. Pero el marinero Tchou-

tor, que ya estaba en la tribuna, definió la cuestión.

—Es necesario encontrar la posibilidad de luchar y de estudiar al mismo tiempo. Tchibaida tiene razón.

Veinticinco marineros tomaron parte en la discusión, que se prolongó hasta que Tchipkec-Bocor tomó la palabra:

—Debemos—dijo—resolver dos cuestiones: primera, la continuación del estudio del marxismo del camarada Tchibaida, lo que es una reivindicación absolutamente legítima. Camarada Rolomper, toma tú la palabra, si tienes intención de hablar... Y segundo, la cuestión de nuestra orfandad... El batallón ha perdido su jefe...

Y continuó visiblemente emocionado:

—Yo me rompo la cabeza pensando y no encuentro una solución justa para la primera cuestión; pero para la segunda, estimo que el batallón no puede continuar sin jefe en estas circunstancias... Debemos escribir a Budapest—camaradas, un poco de atención y calma—y pedir que el camarada Tchibai-

da sea nombrado jefe del batallón...

Le respondió un eco estruendoso:

—¡Tchibaida!... ¡El camarada Tchibaida...

Inmediatamente se nombró una comisión de redacción de seis camaradas, que permaneció reunida desde el mediodía hasta las seis de la tarde y redactó una solicitud encabezada así: "Gobierno vienés soviético. Camarada Bela-Kun." La solicitud exponía el origen proletario de Tchibaida y sus diversas actividades revolucionarias, desde el levantamiento de la flota hasta la contrarrevolución que él había ahogado recientemente en Budapest.

Los marineros pedían:

Primero: Visto que el camarada Boiak ha perecido en una muerte proletaria y que, en consecuencia, ha quedado vacante el puesto de comandante del batallón, nombrar al camarada Tchibaida para dicho puesto.

Segundo: Inmediatamente después de la victoria definitiva de la revolución, lo que en la opinión uná-



nime del batallón no se hará esperar, proporcionar al camarada Tchibaida, lo mismo que a cada marinero rojo y a los soldados rojos, la oportunidad y los medios de continuar su educación marxista.

Cuando esta solicitud fué leída en asamblea y aprobada por todo el batallón, Tchibaida subió a la tribuna y dijo breve y enérgicamente:

—De ahora en adelante, y hasta que se reciban instrucciones interiores, asumo la comandancia del batallón.

Después de la derrota del 30 de julio de 1919, el resto del batallón de Tchibaida se replegó a las riberas del Teiss, rechazando el ataque de las tropas rumanas, muy superiores numéricamente.

Ya no le quedaban a Tchibaida sino veinte hombres y una ametralladora. Las tropas rumanas los cercaban más y más. Tchibaida manejaba la ametralladora. Cuando consumió los últimos proyectiles, le dijo a su vecino:

—Encárgate de la infantería; yo me encargaré de la caballería...

Después de una salva de tres disparos convenida, Tchibaida se lanzó al ataque, disparando sin cesar.

El cuarto soldado de caballería rumano cayó por tierra. Tchibaida se echó a reír. Pero en seguida recobró su seriedad y pensó en la escuela del partido. Y en tanto que su mano tranquila seguía tirando contra el enemigo, una oleada de cólera le invadió el cuerpo:

—¡Mercancía! ¡Precio! ¡Malditas mercancías imperialistas!

Estalló una granada. Cuando se disipó el humo y el polvo se desvaneció de nuevo, el comandante del batallón de marineros rojos, Tchibaida, apareció tumbado sobre la hierba... muerto.

*E. Madarasz.*

**Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBER-  
TAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.**

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publicaciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno de éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterio, de la clerecía y de los clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curules maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de Satanás.

**VAN PUBLICADOS EN**

### « La Novela Proletaria »

Ejemplar, ¡25 céntimos!

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
- Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
- Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
- Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
- Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
- Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
- Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
- Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano
- Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
- Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
- Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jiménez.
- Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
- Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.
- Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magré.
- Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto Vivero
- Núm. 18.—«Noche Roja», por R. Soriano
- Núm. 19.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.
- Núm. 20.—«El Agente confidencial», por César Falcón.
- Núm. 21.—«La guerra que viene!», por Augusto Vivero.
- Núm. 22.—«¿Quo Vadis, burguesía?», por Hildegart.
- Núm. 23.—«La lucha del soldado rojo», E. Madarasz.

### «Biblioteca de los sin Dios, de Augusto Vivero, los siguientes:

- Núm. 1: «Jesucristo, mala persona».—
- 2: Las alegres abuelas de Jesucristo (denunciada).—
- 3: La absurda virginidad de María (denunciada).—
- 4: ¡Eso de las hostias!—
- 5: La farsa de Cristo rey.—
- 6: Los chirimbolos del altar.—
- 7: La ignorancia de Jesucristo.—
- 8: ¡Vaya un Cielo el de la Biblia!—
- 9: Jesús, santifica el matrimonio civil.—
- 10: El pobre Diablo, en ridículo.
- 11: Origen nefando de los conventos (denunciada).—
- 12: Dios Padre, pedrusco.
- 13: Cristo no fué cristiano.—
- 14: El Sacramento Vaginal.—
- 15: Jesucristo homosexual.—
- 16: El Santo revoltillo de la Misa.—
- 17: «Adán, Eva y Compañía».
- 18: 3 decálogos por 3: 30 mandamientos.
- 19: Pilato hecha las muelas.

Ejemplar, ¡25 céntimos!

## NUESTRA ODISEA EN VILLA CISNEROS

por TOMAS CANO RUIZ  
prólogo de RAMON FRANCO

**50 céntimos ejemplar.**

Ayuntamiento de Madrid



Número próximo del

Tesoro de la Literatura Revolucionaria

# EL TRAIDOR

- POR -

G. NAZARI

El encargado de la fábrica oprime y ultraja ferozmente a los obreros. Las masas trabajadoras de los pueblos asiáticos rusos, oprimidas y explotadas por el zarismo, propician las brutalidades de este tirano. El obrero que intenta rebelarse y organizarlas sufre las iras del déspota y un intento de huelga determina su deportación y encarcelamiento. Pasan varios años más de tiranía espantosa. Estalla la revolución. Se rebelan las masas trabajadoras. El deportado vuelve al pueblo. Ahora mandan los obreros. El traidor está en la cárcel. El revolucionario perseguido, humillado, torturado, le perdona todas las ofensas personales; pero no puede perdonarle las traiciones a su clase, las canalladas contra la revolución. Por ellas debe ser juzgado y sentenciado.

En esta novela se describe la opresión y el despertar revolucionario de los trabajadores asiáticos de Rusia. G. Nazari pertenece al grupo brillante de escritores revolucionarios que han creado las nuevas literaturas de las nacionalidades asiáticas de Rusia.

## **Algo decisivo y formidable**

son los números que está dando al público la

### **«BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS»**

El número 19,

#### **PILATOS ECHA LAS MUELAS**

tritura el mito cristiano del absurdo juicio y condena de Jesús por el Sanhedrín y Poncio Pilatos.

El número 20,

#### **EL CUENTO DE LAS VÍRGENES QUE PAREN**

aniquila, con irrefutables pormenores históricos y de folklore, la fábula que se conmemora por Navidad, respecto a un mito de otras religiones anteriores a la cristiana.

El número 21,

#### **MAGOS, PASTORES Y OTROS BELENES**

analiza y pulveriza las consejas recogidas por los evangelistas Mateo y Lucas sobre el nacimiento de un dios, análogo a otros anteriores, también hijos de virgen.

El número 22,

#### **EL PAPA QUE PARIÓ**

divulga todos los peregrinos pormenores de la célebre Papisa Juana, desesperación de los católicos y personaje cuya existencia ya no cabe negar.

#### **EJEMPLAR, 25 CÉNTIMOS**

Pedidos a reembolso, 30 por 100 de descuento.

### **“EDICIONES LIBERTAD”**

Roma, 41, Ayuntamiento de Madrid. Madrid.